



4. A la búsqueda de la izquierda perdida

Izquierda Unida: muerte anunciada, tres teorías y una hoja de ruta

Armando Fernández Steinko

A nadie con un mínimo experiencia en el mundo de la política y de las organizaciones le ha podido sorprender el desastre electoral de Izquierda Unida. Las organizaciones se reproducen como la naturaleza y la salud humana: o bien consumiendo más recursos de los que regeneran o bien haciendo todo lo contrario. Izquierda Unida viene consumiendo desde hace unos cinco años los recursos (políticos, humanos, organizativos, institucionales y simbólicos) que creó hacia principios de los noventa en una situación muy difícil para la izquierda (la caída del muro de Berlín, derechización del PSOE etc.) pero esperanzadora. Los mejores, los más creativos, los más pegados al terreno han venido abandonando silenciosamente su compromiso con la organización sin que sonaran las alarmas. Cada vez menos gente se acercaba, los argumentos eran cada vez más simples, la creación de tejido organizativo casi nula y entre los cargos empezó a cundir miedo de que lo nuevo les arrebatara su puesto.

Escribí un artículo hace ya varios años en el que intentaba llamar la atención sobre esta situación en términos de consumo no sostenible de recursos, sobre los fuertes cambios demográficos que se estaban preparando que iban a provocar un desplome de ciertos grupos de edad en las ciudades importantes para la izquierda e intenté alertar sobre la importancia que el capitalismo inmobiliario estaba teniendo para la reconfiguración de las hegemonías políticas. Durante todos estos años, la dirección federal de IU se ha rodeado de un cordón sanitario que protegía a un grupo selecto de asesores-compañeros con un proyecto político jamás confesado abiertamente para no tener que someterlo a discusión pues sabían que no era mayoritario en la organización. Las dotes organizativas de este equipo -la organización es una de las cosas más difíciles de inventar- eran precarias y lo único que hacía Izquierda Unida era aferrarse a las conquistas institucionales del pasado.

No creo que se tratara de un proyecto muy elaborado sino más bien una especie de sucesión de intuiciones políticas fuertemente mediatizadas por las rencillas, los criterios personales y una falta estructural de ideas propias que se intentaba suplir,

como siempre, asomándose a Europa o leyendo a autores que no tienen mucho que ver con nuestra realidad particular. No obstante no creo, como algunos de los que intentaron construir alternativas, que el problema principal fuera lo personal. Era y es un problema político de fondo. Se basaba en tres *teorías*: la teoría del lastre, la teoría del nacionalismo asimétrico y la teoría de las habas contadas.

La teoría del lastre

La teoría del lastre rezaba lo siguiente: el bloqueo del crecimiento de IU se debe al lastre de las fuerzas socialistas-anticapitalistas y, más concretamente, del PCE. A mí me la contó uno de los asesores de Gaspar poco tiempo después de ganar éste la coordinación general. Es un producto del síndrome provocado de la caída del muro de Berlín que llevó a muchos dogmáticos a cambiar el dogma prosoviético por el dogma de la postmodernidad. Provocó una guerra civil dentro de Izquierda Unida negándole al PCE el pan y la sal y retirándole su derecho a estar en la coalición, compartir financiación, ser tenido en cuenta etc. La dirección del PCE reaccionó mal, mostrando las uñas y no los argumentos. Se sentía arrinconada y desarrolló una estrategia de encapsulamiento militar sin proyecto alternativo y jugando a desgastar a Gaspar, suponiendo erróneamente que el tiempo jugaba a su favor. Esta estrategia, que recordaba por su esterilidad a la de la dirección del sector crítico dentro de CC OO, fue aislando a la dirección del PCE de los socialistas -miembros o no del PCE- y bloqueó los apoyos que podría haber conseguido como víctima de un ataque injusto y destructivo para todos. El resultado fue la *despluralización* de la coalición, el debilitamiento del *rojo* frente a los aspectos identitarios, la apuesta por un ecologismo de profesionales urbanos sin contenido social como el de los Verdes alemanes y el desentendimiento del país real, de sus clases y grupos sociales, de las nuevas formas de acumulación que inundaron las ciudades y las costas con el advenimiento de la *Nueva Economía* y el capitalismo (popular) inmobiliario. Izquierda Unida se acabó convirtiendo en un club cultural en busca de profesionales antiautoritarios.

No quiero decir con esto que el acercamiento a los profesionales (son los nuevos cuadros del postfordismo español) no me parezca fundamental. De hecho la izquierda sólo podrá llegar a hacerse hegemónica si consigue trazar un puente entre estos y las clases populares. Pero lo que hizo la dirección de Izquierda Unida no fue reforzar sino destruir los puentes que aún quedaban en pie. Los vientos posmodernos así lo aconsejaban: los obreros no votan a la izquierda, son racistas, homófobos y antiecológicos. Se apostó por la vía fácil (la de los Verdes alemanes, insisto): la segmentación de las grandes cuestiones civilizatorias (medioambiente, género, identidad) de la cuestión de clase, de las desigualdades que reproduce el capitalismo. Con seguir un poco de cerca lo que fue pasando con este tipo de proyectos en otros países (Alemania, Italia, Francia) habría sido suficiente para anticipar su final: los profesionales urbanos no se acercan por sí mismos a las clases populares. Muchos de ellos son ganadores del neoliberalismo y, cuando se debilitan

las fuerzas socialistas-solidarias, buscan su referente en partidos de profesionales puros como el de Rosa Díaz. Así llegamos en el problema nacional.

La teoría del nacionalismo asimétrico

Creo que todos podemos ponernos de acuerdo en que el tema nacional ha sobredeterminado los resultados electorales. La teoría del nacionalismo asimétrico reza: existe un nacionalismo españolista que da golpes de Estado y es profundamente reaccionario. Para debilitarlo hay que aliarse con el nacionalismo periférico que es más abierto y progresista. Hay sectores progresistas en Euskadi, Cataluña etc. a los que sólo es posible acercarse abrazando su interpretación del fenómeno del Estado y del Estado español en particular. Yo la llamaría una interpretación *anterior a Poulantzas* o también *anterior a la Segunda Guerra Mundial*. Consiste en ver el Estado español como un campo institucional monopolizado por las clases dominantes, algo similar a lo que fueron todos los Estados en el siglo XIX y en la primera mitad del siglo XX, una realidad que inspiró a muchos autores clásicos del socialismo. Todo lo que está dentro del Estado es reaccionario y el objetivo de la izquierda es debilitarlo como sea. La confederalización de Izquierda Unida -que no su federalización que es otra cosa muy distinta- permitiría un acercamiento a ciertos sectores nacionalistas sobre un escenario que evolucionaría automáticamente hacia la izquierda pues debilitaría el Estado central e incluso podría provocar que saltara por los aires. Todo lo que hay fuera de este Estado es *progre*, todo lo que hay dentro es reaccionario.

Esta forma de ver el Estado es un anacronismo (no lo es, sin embargo, en muchos países del Tercer Mundo). Aunque el campo institucional de los Estados occidentales está siendo cada vez más acaparado por los intereses del gran capital -no hay mejor forma de demostrarlo que haciendo un seguimiento de la diplomacia real en América Latina-, aunque se está escorando cada vez más hacia la defensa de los intereses de una parte de la sociedad, los Estados posteriores a la Segunda Guerra Mundial en Europa y el Estado constitucional español creado en 1978 contienen aún espacios esenciales para el bienestar de las clases populares. El Estado español no es sólo Aznar, El Escorial, la España Grande y Libre, Lola Flores y Endesa, que también. Son, además, los ambulatorios de la Seguridad Social, las escuelas y las universidades públicas, las pensiones y seguros de desempleo y las compensaciones interterritoriales. Los territorios al sur del Ebro no son artificios inventados por Rajoy sino lugares en los que realmente viven, trabajan y hacen el amor muy a gusto gente mixta procedente de Cataluña, de Castilla, Madrid y Euskadi, una mixtura que es mucho más importante aún en Euskadi y Cataluña. Son espacios de socialización multiculturales y cada vez más bilingües, no bloques territoriales que sólo pueden reafirmarse los unos a costa de los otros. El que el PP no tenga conciencia de esta diversidad no demuestra nada excepto que es un partido nacionalista.

En ausencia de un órgano supranacional equivalente, hoy sólo es posible organizar la redistribución entre clases y territorios recurriendo al Estado y es un suicidio anunciado para la izquierda atacar todo esto pues pierde el apoyo: a) de los sectores profesionales jacobinos de izquierdas vinculados a las administraciones del Estado (los nuevos jacobinos de las administraciones periféricas votan al nacionalismo y no a la izquierda): b) los sectores populares que necesitan de la acción redistributiva del Estado para satisfacer sus necesidades más elementales y c) los ciudadanos con identidades cruzadas que tienen un peso creciente. Apoyar a un nacionalismo frente a otro para debilitar al segundo no tiene en cuenta una lección fundamental que nos ha dado el siglo XX: que el nacionalismo no es asimétrico, sino simétrico y que se articula en forma de péndulo. El principio del péndulo reza que un nacionalismo no debilita a otro (por ejemplo el periférico al central) sino que lo refuerza. Zapatero, en su primera etapa también ignoró el principio del péndulo, pero supo corregir situándose en terreno neutral en la segunda parte de la legislatura. Esto le ha permitido batir al nacionalismo en Cataluña y Euskadi. La losa política de la derecha en Madrid es el resultado de la ley del péndulo. Los partidos nacionalistas, sean españolistas, catalanistas o vasquistas, necesitan del péndulo para reforzarse mutuamente. Esto explica sus constantes intentos de empujarlo en una dirección o en otra provocando al personal con crispaciones gratuitas como las de Carod Rovira en relación a los Juegos Olímpicos o las del PP en relación al cava catalán.

Con esto no quiero negar que entre el nacionalismo periférico y el central no haya diferencias que le interesan mucho a la izquierda. El capitalismo feo de rentistas y señoritos que ahora se ha subrogado en el neoliberalismo inmobiliario y financiero de corte anglosajón es peor para los intereses generales que el capitalismo más domesticado de las burguesías del norte que enlaza con el modelo renano que hoy se bate frente a aquel. Pero estos matices, que pueden ser importantes para elaborar una táctica política, no se pueden analizar a partir de un análisis identitario por mucho que los nacionalismos lo intenten. La izquierda debe abordarlos a partir de un planteamiento de clase y de fracciones de clase.

Un partido solidario y estatal no puede tener nada que ver con el juego de los péndulos. Por mucho que las movilizaciones contra la guerra hayan empujado a muchos jóvenes catalanes de clase media hacia el nacionalismo de izquierdas, esta apuesta no es sostenible a medio plazo. La obligación de un proyecto estatal es construir una identidad, una racionalidad y una simbología que esté por encima de estas identidades, racionalidades y simbologías particulares hilvanándolas en un proyecto solidario que genere dinámicas nuevas, que produzca nuevas habas. El proyecto republicano -un republicanismo realista, ni mitológico ni nostálgico- unido a una ofensiva federal en el tema lingüístico (España, país cuatrilingüe) podría funcionar en este contexto. Pero esto habría requerido construir a medio plazo, crear, inventar algo nuevo. Este es un proyecto para el que hace falta sumar, juntar, discutir, hacer participar masivamente a la ciudadanía, algo que

no consideraba necesaria la dirección burocratizada de Izquierda Unida. Entre otras cosas porque piensa que los espacios políticos no se crean sino que ya han sido creados para siempre y sólo toca ocuparlos: son habas contadas y lo único que se puede hacer es acomodarse a ellas sin andar por ahí creando cosas nuevas que siempre son más complicadas e inciertas.

La teoría de las habas contadas

La teoría de las habas contadas tiene que ver con todo lo que hemos dicho aquí (las tres teorías están relacionadas: una apuesta identitaria es una apuesta por diluir la cuestión social, lo cual nos remite a la primera teoría). Reza lo siguiente: el espectro parlamentario es una variable fija, el espectro político también: son habas contadas. Si la gente vota a la derecha, todo se tiene que mover un poco más a la derecha si se quiere pillar un trozo de Parlamento. El capitalismo se mueve en una dirección y tenemos que movernos con él políticamente hacia el centro si no nos queremos quedar fuera. Esto legitima el abandono de una perspectiva postcapitalista. La política acaba convirtiéndose en una especie de movimiento superestructural dentro de una geometría fija sin conexiones con la sociedad real que, por lo demás, se desconoce profundamente.

Javier Pérez Royo describía muy bien esta geometría en un artículo de opinión publicado recientemente en *El País* /1: la izquierda, entendida como suma entre IU y PSOE, sólo podrá derrotar a una derecha unida si se produce una concentración del voto. Naturalmente dentro del PSOE. Esto quiere decir que IU no tiene espacio en el arco parlamentario por mucho que se esfuerce: hay que pasarse al PSOE para poder parar a la derecha. En esta forma de argumentar no hay lugar para hablar de espacios políticos nuevos creados por las políticas económicas neoliberales que continuamente producen perdedores, unos perdedores que desde luego no se ha inventado Izquierda Unida. Estos perdedores son huecos políticos nuevos, huecos con capacidad de crecer dentro del Parlamento y del espacio de la opinión pública, de alterar esas geometrías rígidas, multiplicar las habas a repartir.

¿Qué hacer?

Tengo escrito un texto en vías de publicación que conocen muchos miembros de la dirección de Izquierda Unida desde hace más de un año contestando a esta pregunta /2. Creo que sigue siendo válido aunque ahora es más difícil de poner en marcha debido al debilitamiento económico e institucional de Izquierda Unida. En él propongo una hoja de ruta para salir de lo que ya era un desastre visible tres años antes del batacazo electoral. Consiste en que IU lance y le dé soporte económico y organizativo a un proceso de acumulación de fuerzas. Este proceso tiene que ser inductivo y no deductivo, es decir no debe ir de arriba abajo sino de abajo arriba, tiene que emanar y apoyarse en la ciudadanía que aún permanece

1/ Pérez Royo, J. (2008) "No ha sido un 'tsunami'". *El País* 15 de marzo de 2008.

2/ Fernández Steinko, A. (2008): *Izquierda y republicanismo: el salto a la refundación*. Madrid, Editorial Foca (en prensa).

activa y partir de unos cuantos principios políticos consensuales, más bien pocos pero claros e irrenunciables para que el proyecto pueda crecer (el neoliberalismo, fase actual del capitalismo, como sistema destructivo, cuestión social, pluralidad solidaria, Estado federal, etc.). También debe apoyarse en una serie de códigos éticos de conducta redactados y vinculantes. El siguiente escenario me parecería posible:

- Llamamiento para poner en marcha un proceso de convergencia de todos los ciudadanos invitándoles a participar en la creación de mesas republicanas para la refundación de la izquierda en las *Españas* (o, por mí, el Estado español: huyamos de los debates terminológicos como de la peste).
- Invitación a todas las organizaciones ambientalistas, sindicatos locales, iniciativas culturales y locales de todo tipo para que participen en este proceso y en pie de igualdad a nivel de distrito, barrio, pueblo, ciudad, centro de trabajo y comunidad autónoma.
- Dichas mesas deberían organizar procesos deliberativos de proximidad, hacer análisis de sus entornos y elaborar propuestas para dichos entornos;
- Las organizaciones que participen tienen todo el derecho de conservar su integridad, pero también toda la obligación de mostrarse respetuosos con el resto de los grupos de individuos. Creación de una nueva cultura de la deliberación, la cooperación y el intercambio.
- Organización de convenciones locales y nacionales a partir de las conclusiones de las mesas y elección de emisarios.
- Organización de una convención estatal y elección de una mesa de coordinación estatal así como de una o varias cabezas visibles que le de cara al conjunto del proyecto. Esta cabeza podría -tal vez debería- ser rotatoria. Elaboración de un programa mínimo conjunto relativamente amplio que enlace con la realidad del país.
- Consolidación organizativa de las iniciativas locales con el apoyo organizativo, humano y económico que aún le queda a Izquierda Unida, creación de clubs republicanos, de redes y centros de encuentro en los espacios de vida (bares, espacios culturales, empresas, universidades e institutos): no son los ciudadanos los que tienen que acercarse a la política sino la política la que debe acercarse a los tiempos de vida y a las geografías de los ciudadanos.
- Plantear una estrategia descentralizada de asalto a las instituciones, consolidación de poderes políticos locales. Mantenimiento de la autonomía de los clubs republicanos frente a los cargos institucionales. Crear las condiciones para hacer rotar al máximo estos cargos.

Este es un programa a medio plazo, para, al menos, una legislatura. Hay que empezar a trabajar así, a medio e incluso a largo plazo, suprimir la cultura del sándwich sin chorizo: una rebanada de tacticismo sin objetivos por un lado, otra rebanada de escenarios lejanos y hermosos por otro sin hablar de los pasos para alcanzarlos. Antes o después daría sus frutos. Yo mismo, junto a otros vecinos, he ensayado la

posibilidad de un escenario así a un nivel muy elemental y prácticamente sin recursos. Reunimos en el barrio más de setenta grupos y organizaciones de todo tipo (ONGs, asociaciones de padres, asociación de actores, parroquias que trabajan con los niños y emigrantes etc.) para reivindicar la calle y un centro de Madrid para los ciudadanos. Salió bastante bien si tenemos en cuenta el deprimente panorama de la participación ciudadana en el corazón de la ciudad y la enorme diversidad de situaciones de vida, sensibilidades y culturas. Para que tuviera continuidad esta iniciativa necesitaba del apoyo de una fuerza con anclaje institucional y medios económicos. A Izquierda Unida de Madrid le pareció fabulosa la idea de “Barrios Abiertos”, se asomó al escenario y nos dijeron que organizarían iniciativas similares en sus pequeños feudos electorales. No fueron capaces. Ahí es cuando me di cuenta de que había que refundarla. Pero si dos o tres *pringaos* pueden hacer una cosa así prácticamente sin recursos, si iniciativas como esta salpican periódicamente el panorama de muchos barrios y pueblos ¿cómo no va a poder hacerlo toda una organización política?

No es ésta una estrategia para ganar peso institucional sin más sino para transformar los pequeños espacios en los que viven los ciudadanos y, a través de estas transformaciones concretas y particulares, ir ampliando los objetivos y ahondando en la reflexión política. También tiene que tener una rama institucional fuerte puesto que la lucha de clases moderna se produce también en los limpios despachos de los parlamentos y los ministerios y el propio Estado no deja de ser un campo en el que también se libra una lucha de clases. Pero la dinámica institucional sería una rama más. También por eso decía que todo esto debería ser inductivo: a los ciudadanos se les gana para metas más ambiciosas partiendo de sus espacios inmediatos y no vendiendo utopías más o menos coherentes intelectualmente pero completamente ajenas a su realidad. Poco sentido tiene plantear este proyecto, por tanto, en términos de enfrentamiento entre ruptura anticapitalista y reformismo. También aquí los actores deben hacer un esfuerzo por suprimir el nominalismo y el radicalismo verbal de su discurso. “*Hay que ser tan radical como la realidad*” decía Bertold Brecht, pero para Brecht esto era un programa de aproximación a la realidad, no de alejamiento de la misma. Veo los siguientes problemas y escollos a una iniciativa como ésta:

1. La guerra civil desatada en Izquierda Unida ha creado un profundo recelo entre muchos de sus cuadros, especialmente entre los sectores profesionales vinculados a Gaspar y los sectores populares más vinculados al PCE. Hay que hacer un esfuerzo por reducirlo, suavizar las acusaciones etc. Todos somos responsables del desastre, que nadie intente pescar ahora en aguas revueltas para sacar su tajada particular.
2. Me parece una condición necesaria -aunque no suficiente- que el PCE pase por un congreso de renovación y de reorientación igual que otros grupos menores como Izquierda Republicana. La izquierda española los necesita a todos por muchos errores que hayan podido cometer en el pasado.

3. Hay que crear una cultura deliberativa productiva. El núcleo duro de la militancia izquierdosa tiene un discurso pesado, retórico y formal, agarra el micrófono y no lo suelta, no está preparado para la acción. No se debe idealizar la democracia de base: la gente no tiene mucho tiempo, los *sabelotodo* agotan a los que tienen más que decir, los ciudadanos acaban hastiados. Hay que adaptar los tiempos de participación a los tiempos de vida de los ciudadanos y no al revés, consensuar procedimientos para la discusión y el debate. He escrito algunas cosas sobre esto /3.
4. He comprobado a lo largo de mi vida política que los activistas son imprescindibles, es decir, tiene que haber un grupo mínimo de personas que ponga una parte de su tiempo libre a disposición del conjunto para que esto funcione. Estos activistas imprescindibles no saben trabajar muchas veces en equipo, pero si no lo hacen se queman en poco tiempo. El trabajo de estos grupos tiene que ser similar a como se hace una mayonesa casera: una yema de huevo y minúsculos chorritos de aceite para conseguir compactarla, es decir, metas simples, abarcables al principio. Sólo después se puede ampliar la aportación de aceite. Si se corre demasiado se corta la mayonesa y hay que empezar de nuevo.
5. Un problema central es que para lanzarla hace falta una mayoría significativa dentro de Izquierda Unida. Con la mitad de la organización en contra la iniciativa fracasará.

Hay muchas otras ideas y cuestiones. La democracia republicana, es decir, activa y directa de los ciudadanos, no es fácil de organizar. Hay mucha gente que opina y no hace nada, muchos participantes que tienen que ponerse de acuerdo, los procesos deliberativos se alargan en el tiempo. Pero también tiene ventajas. Sirve para reunir los escasos recursos con los que se ha quedado la izquierda española tras cinco o seis años de bunkerización institucional y guerra civil. Y sirve también para elevar la escala de la participación, ampliar las metas e ir generando espacios organizativos más estables (clubs republicanos o comités ciudadanos o llámense como se quieran). Sinceramente no veo muchos más escenarios para salir de hoyo de la crisis.

Armando Fernández Steinko es profesor de Sociología de la Universidad Complutense de Madrid.

3/ Fernández Steinko, A. (2002): Participación y complejidad para el desarrollo, en: Arriola et al.: Trabajo, producción y sostenibilidad. etc., Barcelona. Bakeaz.